

por esencia y potencia, «ni más cerca de nosotros que en nosotros mismos, allí en el fondo íntimo, inmenso de nuestra alma. Allí hay, pues, que hundirse para buscarle; con el amor, si queremos ser buenos y felices; con la razón y el alto discurso, si queremos conocerle y verle y conocer y ver en El todas las cosas y sus ideas, fundamentos y razones».

Ven estas líneas la luz pública en fecha que parece dar vida al anhelo del glorioso escritor, en que no es difícil advertir en el ambiente de la cultura española el aleteo de inquietudes trascendentes, la nostalgia del «más allá» del vivir prosaico y arrastrado a que se contrae la perspectiva mental de tantos «tecnicistas» al uso. Que el ejemplo y la urgente invitación de don Juan Valera, en este primer cincuentenario de su muerte, señalando la trayectoria por recorrer a la actual generación española, sea un estímulo más que se imponga a sus preocupaciones de pensamiento, como anidó en el del gran literato, visible a través de los celajes de una aparente frivolidad.

(«A B C» Sevilla, 19 mayo 1953.)

El Caballero Egabrense

«Arrogante apostura, el pelo y el bigote muy negros y lustrosos, naturalmente, vestido y calzado y «enguantado» por buenos artistas. El cuello de la camisa era de los llamados «foques», que él usó durante muchos años, así como la chalina de seda. Llevaba lentes según costumbre de siempre, y su mucha miopía, obligándole a echar un poco hacia atrás la cabeza, cual si buscase más luz de lo alto, contribuía a prestar a todo el sujeto cierto porte al parecer altanero»

Así lo retrata el conde de las Navas, uno de sus más fieles y dilectos amigos. Así don Juan Valera muestra su fina, sensible y aristocrática persona, en Lucena, casa de doña María del Carmen Pizarro y Ramírez, condesa de las Navas; en Doña Mencía, con el alcalde y cacique don Juan Moreno Güeto y con el maestro «Cencias»; y en Cabra, con los Ulloas, los Cuenca-Romero, en su tertulia del «Círculo de la Amistad» o en su casa solariega, en el corazón de la villa.

A todos, aristócratas y plebeyos, ofrece don Juan la flor de su sonrisa y la sal de su ingenio. Gusta del trato con personajes rústicos, que estima pintorescos y accesibles para adobar sus finas y salerosas novelas, sus cuentos picantes; y con todos cultiva su trato exquisito, en sus escapadas de Madrid y a su regreso, ya diplomático, de Europa y América.

Valera preside estas tertulias, en los lugares de su patria chica, deleitándose con el candoroso, con el que cuenta los chistes más intencionados y con el lírico que se emociona ante el conversador hondo, fino y ameno que florece en don Juan. Así bucea en el fondo de esta variedad de tipos, de cuya fina cantera saca sustancia para su vena literaria. Al caballero egabrense le place el estudio de los hábitos, modales y sentimientos del pueblo; su gracia natural, su clara sinceridad, su ingénua nobleza. Los estima más que los dones de la gama de gentes de alto copete que deja atrás en las Embajadas y Legaciones.

En el Seminario de Málaga, donde cursa sus estudios de segunda enseñanza; en la Universidad de Granada, donde obtiene la licenciatura de Derecho; en las casas de la Montijo, de Frías y del duque de Rivas; en las tertulias del Liceo y del café del Príncipe; como agregado a la Embajada de España en Nápoles y a las Legaciones en Lisboa, Río Janeiro y Dresde; a las de San Petersburgo, en misión extraordinaria, con el duque de Osuna; en la Subsecretaría de Estado y en la Dirección General de Instrucción Pública, don Juan Valera es cumplido caballero que, ausente de su tierra natal, la lleva tan dentro del alma, la mira con tal delectación, que la refleja, la canta y la exalta, en su copioso epistolario ejemplar, en sus enjundiosas y originales novelas. La belleza del cielo y del suelo de su tierra, lo pintoresco de sus tipos, la alegría y la gracia andaluzas son el embrujo que da a su admirable obra literaria estilo y belleza, en sus formas de elegancia, delicadeza, donaire y buen tono.

Al cumplirse los cincuenta años de su muerte física; en esta hora en que la obra del insigne polígrafo es más estimada y está más difundida, todos los egabrenses debemos gratitud imperecedera al caballero ingenioso, discreto y cordial, que llevó la fisonomía de nuestro pueblo, el alma de nuestro pueblo, a todos los confines del mundo civilizado.

Juan Soca

(«A B C» Sevilla, 19 mayo 1953).